

JOHN UPDIKE  
MUJERES

Traducción de Catalina Martínez Muñoz

## Índice

I. Sigue soñando, querido Owen .....	11
II. Sexo en el pueblo (I) .....	25
III. El marido .....	41
IV. Sexo en el pueblo (II) .....	63
V. Cómo conquistó a Phyllis .....	87
VI. Sexo en el pueblo (III) .....	107
VII. Camino de Middle Falls .....	121
VIII. Sexo en el pueblo (IV) .....	139
IX. Convalecencia .....	163
X. Sexo en el pueblo (V) .....	191
XI. Avances en el campo del hardware .....	215
XII. Sexo en el pueblo (VI) .....	239
XIII. Mejor no hacer preguntas .....	273
XIV. Sabiduría popular .....	305

¡Ay, amor, seamos fieles  
el uno al otro! Pues el mundo que parece  
tenderse a nuestros pies como un reino de ensueño,  
tan diverso, tan hermoso, tan nuevo,  
no ofrece en realidad alegría alguna, ni luz, ni amor,  
ni certeza, ni paz, ni alivio en el dolor..

Matthew Arnold, «Playa de Dover»

# I

## Sigue soñando, querido Owen

Desde hace mucho tiempo, su mujer se despierta temprano, a eso de las cinco o cinco y media. Los ciclos químicos de Julia, a veces en discordia con los de Owen, hacen que ella se despierte llena de cariño por él, su compañero en el inmóvil viaje que emprende la cama a través de una noche de sueño imperfecto. Lo abraza, y cuando él protesta y dice que quiere seguir durmiendo, ella proclama con voz suave pero implacable cuánto lo quiere, lo satisfecha que está de su matrimonio. «Soy tan feliz contigo.»

Llevan veinticinco años casados. Owen tiene setenta años y Julia sesenta y cinco. Esa declaración, que para ella es como una primicia, tiene para él algo de insultante: ¿cómo podría ser de otra manera, tras haber superado juntos tantas pruebas y haber causado tanto daño a otros? Cruzaron las aguas; y aquí están, en la otra orilla. Julia tira de su marido, le vuelve la cabeza para besarlo en la boca, pero Owen tiene los labios hinchados, entumecidos por el sueño, y en ese estado de anestesia y desajuste nervioso siente como si ella quisiera ahogarlo; lo saca de quicio, como se suele decir. Tras unos minutos de desesperados toqueteos amorosos a los que él se niega a responder, protegiendo así la posibilidad de volver a sus deliciosos sueños, Julia se da por vencida y se levanta de la cama, y Owen ocupa plácidamente el hueco que ella deja libre para seguir durmiendo una o dos horas más.

Una mañana, en esa última hora robada al sueño, sueña que está en una casa que no conoce (vieja, con aire de lugar público, como una casa de huéspedes o un hospital), y un grupo de

presencias oficiales, sin rostro, lo llevan a una habitación en la que hay una cama como la suya, dos camas gemelas que forman una enorme de matrimonio, y un hombre —bastante joven, a juzgar por la tersura de su piel clara y por sus nalgas carnosas— está inclinado sobre el cuerpo de su mujer como si intentara resucitarla o (lo que no es ni mucho menos lo mismo) ocultarla. Cuando, a una señal silenciosa de las presencias que dirigen la ceremonia, el extraño se aparta, el cuerpo de la esposa de Owen, también desnudo, se revela en posición supina: el vientre blanco y relajado, los pechos planos por la fuerza de la gravedad, el sexo tan querido y familiar cubierto por su vaporoso vello. Está muerta, se ha suicidado. Ha encontrado la salida a su sufrimiento. Y Owen piensa: «Si no me hubiera entrometido en su vida, seguiría viva». Siente un deseo irrefrenable de abrazarla, de devolverla a la vida con su propio aliento y de aspirar el veneno que, poco a poco, a lo largo de los años, le ha ido inoculando.

Despacio, de mala gana, como se desvía la atención de un acertijo sin resolver, Owen se levanta, y por supuesto Julia no está muerta; está en la cocina, generando olor a café, con la tele encendida para escuchar uno de los primeros informativos del día: las voces de un hombre y de una mujer bromeando. A Julia le encantan las noticias del tiempo y del tráfico, nunca se cansa de estas contingencias crónicas, aunque hace ya tres años que ha dejado de ir a Boston a diario. Owen oye el flip-flop de las chanclas de goma azules que Julia se empeña en usar, como si fuera eternamente joven y se hubiera vestido para ir a la playa, mientras trajina en la cocina, de la nevera a la encimera y a la mesa del desayuno, y después de la mesa al fregadero, a la trituradora de la basura y al lavavajillas, y al salón para regar sus plantas. Le encantan las plantas. Puede que su amor por ellas surja del mismo órgano emocional que su amor por la información meteorológica. A Owen le molestan el ruido de las chanclas y el riesgo que representan —siempre resbala en las escaleras—, aunque le gusta ver los dedos de Julia, ligeramente separados, como unos pies asiáticos que hubieran soportado mucho trabajo, con las articulaciones teñidas de blanco por la

tensión que tiene que ejercer para que no se le escapen. Julia es morena, menuda y compacta; a diferencia de su primera mujer, se broncea con mucha facilidad.

Algunos días, medio excitado, sólo consigue volver a dormirse pensando en alguna de las mujeres, Alissa o Vanessa, Karen o Faye, que formaron parte de su vida en Middle Falls, Connecticut, en las décadas de los sesenta y los setenta. Se agarra la polla adormilada con una mano y revive al imaginar que una de ellas está debajo de él, a su lado, encima, apartándose el pelo de la cara para acercarse a su miembro hinchado, surcado de terminaciones nerviosas que piden a gritos humedad, a la espera del contacto; pero hoy no es uno de esos días. El sol blanco de la primavera brilla con furia detrás de la persiana. El mundo real, un tigre al que sus sueños no han herido, aguarda. Es hora de levantarse y de afrontar un día muy parecido al anterior, un día que su optimismo animal recibe como el primero de una secuencia infinita que se extiende hacia el futuro, pero que su cerebro —hipertrofiado en la especie *Homo sapiens*— reconoce como uno más de una provisión de días menguante y finita.

El pueblo de Haskells Crossing se despereza alrededor de su monte privado; el rumor sordo y constante del tráfico intenta atravesar las paredes de pino y yeso de la casa protegida por el bosque. Ya han traído los periódicos: el *Boston Globe* para él, el *New York Times* para ella. Hace un buen rato que los pájaros están en movimiento: los tordos picoteando lombrices, los cuervos agujereando el prado en busca de larvas de chinches, las golondrinas cazando mosquitos al vuelo; se llaman los unos a los otros con los jubilosos códigos que producen sus cerebros del tamaño de un guisante.

—¡Buenos días, Julia! —grita Owen camino del baño, por el hueco de la escalera.

—¡Owen! ¡Ya te has levantado! —contesta ella.

—Pues claro que me he levantado, cielo. ¡Madre mía, son más de las siete!

Cuanto más viejos, más parlotean como niños. La voz de Julia llega desde el piso de abajo, entre quejumbrosa y burlona.

—Siempre te levantas a las ocho desde que no tienes que coger el tren.

—¡Qué mentirosa eres, cariño! Nunca me levanto más tarde de las siete; ojalá pudiera —responde él, aunque no sabe si ella sigue allí, si puede oírlo—, pero ésa es una de las pegas de la edad, que te levantas con los pájaros. Ya lo verás.

Así de banales son sus conversaciones: ¡como para hablar de los códigos producidos por cerebros del tamaño de un guisante! Si el día fuera un ordenador, piensa Owen, arrancaría de esta manera, cargaría así la memoria principal. Lo cierto es que Julia duerme menos que él (lo mismo le pasaba a Phyllis, su primera mujer), pero el hecho de que ella sea cinco años más joven siempre ha sido para Owen un motivo de orgullo y de estímulo sexual, como los dedos de sus pies a la vista en las chanclas azules. También le gustan sus talones sonrosados asomando por debajo del albornoz, la tensión alterna de sus tendones de Aquiles al pisar con firmeza, con los pies un poco abiertos, como suelen andar las mujeres.

Mantienen esta conversación mientras Owen espera, con la vejiga dolorida, ante la puerta del cuarto de baño, junto a las escaleras que bajan a la cocina. La imagen de su querida Julia desnuda y muerta en el sueño que ha tenido, y la sensación onírica de culpa que convierte el suicidio en asesinato y a él en el asesino, siguen siendo más nítidas que la realidad al despertar: el papel pintado con su dibujo de rosas de color sepia y su apagado brillo metálico, la alfombra nueva del recibidor con su lana beige, densa y esponjosa, el día que tiene por delante con sus horas como peldaños de una escalera de mano desvencijada y peligrosa que debe subir.

Mientras se afeita delante del espejo, junto a la ventana, con la implacable luz frontal en la cara vieja, fofa, estropeada por el sol y ampliada hasta alcanzar un tamaño casi cruel, Owen oye las protestas del sinsonte, encaramado en la punta de su rama favorita del cedro más alto, soltando una larga y enardecida regañina por alguna nimiedad, por alguna recurrente cuestión de procedimiento. Los distintos planos de la naturaleza local —los pájaros, los insectos, las flores, la fauna furtiva de marmotas y

ardillas listadas que entran y salen de sus madrigueras a toda velocidad, como si un disparo pudiera reventarlas en cualquier momento— están absortos en su propia red de preocupaciones y comunicaciones; para ellos, el mundo humano es tan sólo un tumulto marginal, una inescrutable e intermitente interferencia de ruido estático, rara vez letal, en la que no detectan relación alguna con la prodigalidad orgánica (la basura, los jardines) que la especie humana aporta a la mesa de la naturaleza. «Nos desprecian», piensa Owen. Deberíamos ser como dioses para ellos, pero no tienen nuestra capacidad de veneración, de previsión, y por eso no conocen el terror ni la postración mental que la capacidad de previsión trae consigo, como la invención de una vida después de la muerte. Los animales no nos distinguen de otros animales, tampoco de las rocas o de los árboles, no reparan en la fuerza ni en la importancia de cada elemento en la lucha por la vida. La tierra da cobijo a escorpiones, a sinsontes y a miles de millones de hormigas; las estrellas dirigen el vuelo de los gansos de Canadá y de las golondrinas de mar del Ártico, de las golondrinas comunes y de las mariposas monarcas en sus gigantescas migraciones anuales. Somos puntos insignificantes bajo sus alas, nuestras ciudades son repugnantes y estériles interrupciones del discurso del depredador y de la presa. No, no son interrupciones, porque muchas especies aceptan nuestras ciudades como hábitats; no sólo las ratas del sótano y los murciélagos del desván, también los halcones y las palomas que anidan en las cornisas de los rascacielos, y ahora los ciervos, que merodean tan campantes por los jardines de los barrios residenciales, mitad plaga, mitad mascotas.

Owen tensa el labio inferior para emprender el delicado movimiento lateral de la cuchilla. Intenta afeitarse sin mirarse la cara, que nunca ha sido exactamente la que le habría gustado tener: demasiada nariz y poco mentón. Una debilidad tentadora pero una mirada penetrante y cautelosa. Últimamente se le han acentuado las arrugas de las comisuras de los labios, y los párpados se le pliegan como los de un reptil del desierto, le pesan y le entorpecen el movimiento de las pestañas cuando está recién levantado. Detesta esa sensación de que se le ha metido



algo en el ojo, una sensación leve pero muy molesta. Polen. Una pestaña. Un pequeño derrame capilar. A su espalda, a través del aislamiento que le procura el bosque, el ruido de los motores, de los tubos de escape y de las advertencias del claxon de los camiones reafirma la presencia de la ridícula zona comercial de Haskells Crossing, que apenas ocupa un par de manzanas. Desde su casa, escondida entre los árboles en la cima del monte, se oye pero no se ve. Aunque desde las ventanas del piso de arriba se ven perfectamente las luces de Haskells Crossing, nunca ha divisado la casa desde ningún punto del pueblo. Eso le gusta; es como su conciencia, invisible pero esencial.

Cuando era pequeño daba por sentado que el mundo se ponía en marcha en el momento en que él se despertaba. Lo que ocurría antes de despertarse era como el tiempo anterior a su nacimiento, un vacío inconcebible. Siempre le ha sorprendido cómo comienza la actividad por las mañanas, tanto en los pueblos como en las ciudades, y no sólo entre los legendarios pájaros cazadores de lombrices sino también entre los hombres: el que se apresura para coger el tren de las seis y once, el frutero que ya ha vuelto con la furgoneta del mercado de Callahan Tunnel, las madres jóvenes que salen a correr varios kilómetros antes de acompañar a sus hijos a la parada del autobús, los lugareños ociosos instalados desde primera hora de la mañana en su banco junto al monumento a los héroes de la guerra, muy cerca del viejo edificio de ladrillo que alberga el parque de bomberos, al otro lado de la calle principal, enfrente de la panadería. El panadero, un francocanadiense mal afeitado, con el pecho hundido de tanto fumar, se levanta a las cuatro y perfuma el aire frío con la fragancia de los cruasanes, los rollitos de canela y las magdalenas de arándanos.

Owen lo ve todo mentalmente mientras elimina los restos de jabón de afeitar con la cuchilla y levanta el mediocre mentón para alisar los pliegues que se le forman debajo. El parque de bomberos, por si quieren saberlo, es un recargado edificio del siglo XIX, demasiado estrecho para el moderno camión que ha adquirido recientemente el Ayuntamiento de Cabot City, del que depende Haskells Crossing. Cuando se recibe un aviso, casi

siempre una falsa alarma, el camión regresa con la estridente sirena en marcha y apenas le sobran unos centímetros a lado y lado. El monumento a los héroes, erigido en memoria de los soldados de la localidad que han perdido la vida desde las guerras contra los indios y los franceses, contiene una lista ampliable con los nombres de los caídos, en letras blancas y móviles, sobre una superficie de ranuras negras protegida por un cristal. El grupo más numeroso corresponde a los combatientes de la guerra de Secesión y de la segunda guerra mundial. Sólo dos nombres figuran en el apartado correspondiente a la guerra de Corea, cuatro en el de la intervención en Vietnam y uno en el de la acción contra Irak de 1991 (un soldado que se alistó voluntario y murió por accidente, aplastado por un carro de combate M1A1 Abrams de sesenta y siete toneladas de peso, cuando ayudaba a descargarlo de la panza de un avión C-5 Galaxy en el aeródromo de Jubail, en Arabia Saudí), y aún queda mucho espacio para anotar las bajas de futuros conflictos. A Owen le gusta esta muestra de la austeridad de Nueva Inglaterra. Ahí, en Haskells Crossing, ha encontrado por fin su sitio.

Su primer pueblo fue Willow, una pequeña localidad de Pensilvania, de cuatro mil habitantes, que con el cambio del siglo xix al xx se fue extendiendo como una cuerda a partir de una posada de carretera rodeada de plantaciones de maíz y de tabaco. La carretera, que seguía el curso de un río en dirección sureste a lo largo de setenta kilómetros, llegaba hasta Filadelfia, pero en Willow recibía el nombre de Mifflin Avenue por el primer gobernador de Keystone State, un hombre muy combativo. A unos cinco kilómetros en dirección contraria se encuentra Alton, una ciudad mediana cortada en dos por las vías del tren, con sus fábricas de ladrillo ennegrecido construidas entre las viviendas adosadas, su barrio chino conocido popularmente como el Callejón del Coño, sus bares en chaflán con la fachada de Perma-stone, sus palacios del cine pomposamente decorados con elementos pseudoislámicos y sus ruidosos restaurantes tipo barbacoa. «Una estafa», eso decía su padre de tales restaurantes. Su padre detestaba comer fuera de casa; detestaba ser atendido, sobre todo por hombres, que a él le parecían más costosos y más fan-

farrones que las camareras; detestaba la comida de los restaurantes caros, y a veces la vomitaba después para dejar constancia de su desprecio; detestaba el postre, el IVA y las propinas. A la madre de Owen, que siempre fue gorda, menos en los primeros recuerdos que el hijo guardaba de ella, le encantaba comer bien, y se mostraba cohibida, sin saber qué hacer, mientras su marido le arruinaba sistemáticamente ese momento de placer. Al menos eso pensaba su único hijo, que tenía una visión muy limitada del drama conyugal: aunque había heredado el pelo castaño apagado de su padre —un pelo tan fino que se les levantaba al quitarse el sombrero o al sentarse cerca de un ventilador eléctrico—, sus simpatías estaban del lado de su madre, de pelo castaño rojizo. Y es que el miedo a quedarse sin blanca se le agarraba a su padre al estómago. Quizá no por casualidad había acabado emigrando al noreste, a una región pedregosa y reacia a cualquier clase de gasto.

En Pensilvania, las posadas de arenisca —simiente de pequeñas poblaciones que en algunos casos prosperaron y se expandieron y en otros terminaron convertidas en puebluchos decadentes— se construían aproximadamente cada cinco kilómetros, de acuerdo con la distancia que podía recorrer un hombre a pie durante una hora o un tiro de caballos transportando un carro de granja en un día de verano sin necesidad de abreviar. El tiempo seguía rigiéndose por la actividad de las granjas. Los ancianos dormitaban a mediodía. Los vecinos vendían en la calle los espárragos, las judías y los tomates que cultivaban en sus huertos, y Mifflin Avenue, una calle empinada por la que el agua de la lluvia corría a meterse en las alcantarillas, resonaba por la mañana al lánguido ritmo de los cascos de los caballos que tiraban de los carros camino del mercado de Alton Pike, que se encontraba a poco menos de un kilómetro, al final de la calle principal, por cuyo centro pasaba el tranvía. En la época en que nació Owen, en 1933, cuando a falta de otra vivienda sus padres se instalaron en casa de su abuelo, hacía poco que Roosevelt ocupaba el cargo, y Willow, así llamado por el enorme sauce que crecía junto a la posada, cuyas raíces se alimentaban del arroyo que serpenteaba en dirección a Filadelfia, acababa de convertir-

se en municipio. El núcleo urbano original se extendió progresivamente a ambos lados de Mifflin Avenue, en calles paralelas —la calle Segunda, después la Tercera y luego la Cuarta—, y fue trepando por la ladera del monte, por donde los niños se deslizaban en trineo sobre la nieve compacta, pasaban rebotando entre las barricadas de los cruces y terminaban el descenso lanzando una lluvia de chispas sobre el montón de carbón que los empleados municipales habían descargado de un camión. Las chispas, la nieve compacta y los árboles de Navidad atisbados en el salón de las casas camino del colegio sólo duraban unos días en el invierno tedioso y húmedo, pero su recuerdo seguía vivo todo el año, impulsando la vida hacia delante en su eternidad infantil.

El buen tiempo se prolongaba de marzo a octubre. La calima se instalaba entonces sobre Willow. El cuartito de Owen, con las paredes de madera y una única estantería, daba a un solar adonde en verano, después de cenar, salía a jugar una hora con los niños del vecindario bajo el atardecer lechoso, entre las hierbas altas y ásperas que ya empezaban a dejar caer sus semillas. Jugaban al béisbol, al escondite o al fútbol americano; las niñas también participaban, porque en el barrio había más niñas que niños. Una vez, entre las hierbas pisoteadas y mojadas de rocío —ya era otoño y había empezado el colegio—, Owen encontró sus gafas, que habían desaparecido días antes como por arte de magia, dentro de su estuche marrón. ¡Las encontró! Las había buscado por toda la casa, y su madre le había confesado el disgusto que se llevaría su pobre padre al saber que tendría que comprarle unas gafas nuevas. Cuando se agachó para recoger el estuche humedecido tras varios días con sus noches de paciente espera, pensó que era un milagro. Y dentro estaban las gafas redondas de montura dorada que aguzaban su visión, con sus dos pequeñas piezas en forma de habichuela que le dejaban marca en la nariz y sus patillas metálicas que se le clavaban en las orejas. En segundo curso, cuando le dijeron que tenía que usar gafas para leer y para ir al cine, Owen se echó a llorar. Se consoló pensando que algún día dejaría de necesitarlas. Haberlas encontrado quizá no fuera un milagro, porque todos los días cruzaba

el campo en diagonal para ir al colegio en compañía de su amigo Buddy Rourke, que iba un curso por delante, sin encontrarse con las niñas que vivían en la calle Segunda. Buddy no tenía padre, y eso lo convertía a ojos de los demás en un bicho raro que daba un poco de miedo. Era un niño cejijunto y callado. Tenía el pelo duro, tieso y erizado en la frente, y nunca sonreía, por culpa del aparato que llevaba en la boca: una franja de alambres con un cuadradito plateado en el centro de cada diente. Owen quiso volver para contarle a su madre que había encontrado las gafas y que su padre no tendría que comprarle unas nuevas, pero no quería llegar tarde a su cita con Buddy y echó a correr con el estuche mojado en el bolsillo de los bombachos haciéndole cosquillas en el muslo.

Una mañana temprano, en su cuarto, Owen oyó un disparo al otro lado del solar. Estaba durmiendo. Se despertó justo un momento antes de oírlo, como si el ruido se hubiera anticipado en sus sueños. Había visto suficientes películas de gánsteres para reconocer el sonido de la pólvora percutida, aunque en las películas siempre eran ráfagas de metralleta y aquél había sido un disparo aislado.

Sus padres también lo habían oído. A través de la puerta cerrada, Owen oyó ruido en el dormitorio de sus padres, sus voces de hombre y de mujer entrelazadas, pero enseguida se quedaron callados. La oscuridad no era total: distinguía las siluetas de los árboles en el patio, las ramas que emergían recorriéndose contra el cielo gris ligeramente teñido de ocre antes de que los pájaros empezasen a piar. La calle estaba en calma, sin tráfico; no pasaba un solo carro. Al cabo de un rato se oyó una sirena, y más tarde, a la hora del desayuno, su padre volvió con la noticia de que en casa de los Hoffman, dos puertas más arriba de la casa contigua al solar vacío, un joven se había pegado un tiro con un Colt del calibre 38, el revólver reglamentario que su padre, Wess Hoffman, conservaba desde que había combatido en la primera guerra mundial. Danny Hoffman aún no había cumplido los veinte años, pero el verano anterior, cuando traba-

jaba como monitor en un campamento, un niño que se encontraba a su cuidado se había partido el cuello tras tirarse al río de cabeza en una zona de escasa profundidad, y desde entonces la culpa le remordía la conciencia. Danny nunca volvió a ser el mismo; se quedaba en casa escuchando seriales radiofónicos y dejó de buscar trabajo.

Tal era la explicación. En doce años de Depresión y de la segunda guerra mundial, entre 1933 y 1945, ése era el suceso más dramático que había ocurrido en el barrio de Owen. La vecina de enfrente, la señora Yost, tenía en la ventana una bandera con cinco estrellas, pero sus cinco hijos soldados volvieron a casa sanos y salvos. Skip Potteiger dejó embarazada a Mary Lou Brumbach, una chica de sólo diecisiete años que vivía en la casa de al lado, pero se casó con ella y todo acabó bien: el día D, Mary Lou empujaba el cochecito de su bebé camino de la tienda Acme, sorteando las zanjas que llevaban el agua de los tejados a las alcantarillas y los adoquines levantados por las raíces de los castaños, que hacían que uno se tropezara con los patines. En las cálidas noches de verano, el ruido de las peleas familiares se colaba entre los mosquiteros de las ventanas de las hacinadas viviendas adosadas que ocupaban la zona alta de la calle, con sus escaleras de cemento en los precarios muros de contención abombados. Sin embargo, no había divorcios, tal como Owen recordaba las cosas. A veces se levantaba la voz, se daban gritos y se oían portazos en todo el vecindario, pero los divorcios ocurrían en otra parte, en Hollywood y en Nueva York, y eran un escándalo, una catástrofe, porque provocaban una situación que nadie deseaba, sobre todo los niños: un hogar roto. La pecaminosa y aterradora sonoridad de estas dos palabras se mezclaba con el sabor a ceniza de la tragedia, como las casas bombardeadas y envueltas en humo que se veían en los noticiarios de la Fox Movietone que pasaban en el Scheherazade, el cine del pueblo. El mundo estaba lleno de maldad y destrucción, y sólo Estados Unidos, por lo visto, podía arreglarlo. El país estaba en guerra, y en las fantasías de Owen el solar vacío que veía desde su ventana era el cráter de una bomba, invadido por las malas hierbas.

El sauce que daba nombre al pueblo aún vivía, y los vecinos lo mimaban periódicamente como a un viejo dignatario, con inyecciones de pesticida y fertilizante en las raíces haciendo agujeros con una palanca; había sobrevivido a los tiempos en los que hubo una fábrica de papel con un molino de agua, un estanque en el que vivía una trucha y un camino de tierra donde se celebraban carreras de carros antes de que la retícula urbana se extendiera sobre la zona baja, al norte del monte. La casa de Owen —que en realidad no era suya, ni siquiera de sus padres, sino que pertenecía a sus abuelos maternos, Isaac y Anna Rausch— era una de las más grandes y antiguas de Mifflin Avenue; su abuelo la había comprado después de hacerse rico cultivando tabaco durante la primera guerra mundial. Vendió su granja, que se encontraba a quince kilómetros de Willow, para instalarse en aquel elegante barrio recién construido. Cuando sobrevino la Gran Depresión, los ahorros de los Rausch se esfumaron, y su hija, el yerno y el nieto se fueron a vivir con ellos. Los abuelos de Owen tenían una casa, y sus padres algunos ingresos. El padre trabajaba de contable en una de las fábricas textiles de Alton. La madre, pelirroja y delgada por aquel entonces, vendía artículos de mercería en unos grandes almacenes de Alton, hasta que le entraron remordimientos de conciencia al ver que su hijo la seguía llorando por Mifflin Avenue cuando iba a coger el tranvía, y decidió dejar el trabajo para pasar más tiempo con él. Su padre, Floyd Mackenzie, era de Maryland. A Owen le pusieron el nombre de su abuelo paterno, un hombre enfermizo que murió antes de que él naciera y que, según las legendarias crónicas de la familia, era de mente muy viva y gran inventiva, suponían que por su origen escocés. Este primer Owen regentaba un negocio de maquinaria agrícola en Mount Airy, y en sus ratos libres inventaba artilugios y mejoraba los artículos que ofrecía en su comercio —un extractor de semillas que se manejaba sin necesidad de encorvarse, o una podadora de setos dotada de un mecanismo que permitía girar la manivela fácilmente—, pero ninguna compañía se había interesado por sus inventos, por eso no se había hecho rico. Murió de tuberculosis y en la bancarrota. No obstante, había legado a su nieto un rescoldo de las es-

peranzas que abrigaba de superar los obstáculos del mundo. Los Mackenzie no eran ricos, pero eran listos y astutos. A Owen, su padre le decía: «Has salido a tu abuelo. Tienes la misma curiosidad intelectual. A él le gustaba sentarse a cavilar sobre el funcionamiento de las cosas. Yo nunca me hago preguntas; sólo pienso de dónde voy a sacar el próximo dólar». Su padre decía esto con voz lastimera, como si la herencia de los Mackenzie fuera una bendición sólo a medias: una imaginación prometedora combinada con una constitución algo frágil y una ignorancia esencial sobre el funcionamiento del mundo, que día tras día te iba erosionando y picoteando los bolsillos.

Su otro abuelo, con el que Owen vivía, también tenía algo de soñador, porque había vendido su granja para invertir en acciones que luego perdieron todo su valor. Era hijo de inmigrantes alemanes que se habían instalado en Pensilvania, pero se esforzó por integrarse: hablaba inglés perfectamente, leía el periódico vespertino de pe a pa y adornaba su inactividad con pensamientos profundos y declaraciones solemnes. En aquel hombre de bigote amarillento, pelo blanco y manos gráciles, Owen reconocía la nostalgia del forastero que no ha llegado a encontrar el camino que conduce a las fuentes del poder, a los secretos decisivos, en su único entorno conocido.

«Papá debería haber sido político, tiene mucha labia», decía su yerno; pero hasta Owen se daba cuenta de que su abuelo era demasiado quisquilloso para dedicarse a la política, demasiado pasivo en su vida diaria, que transcurría entre el patio trasero, donde labraba la tierra, sembraba su huerto y podía fumarse un cigarrillo, el dormitorio en el piso de arriba, donde echaba una cabezadita, y el sofá con respaldo de mimbre del cuarto de estar, donde se sentaba a esperar que la abuela preparase la cena. Aunque su casa estaba en Willow, allí sólo tenía a su mujer y a su solitaria hija. La abuela pertenecía al populoso clan de los Yoder, desperdigados por todo el condado, y era la menor de diez hermanos. Tenía un montón de primos y sobrinos en Willow, y a veces se ganaba un dinerillo ayudando en la limpieza general de primavera, o cocinando y sirviendo la mesa cuando se celebraba una multitudinaria reunión familiar. Estos parientes tenían dine-



ro: regentaban pequeños comercios y ocupaban buenos puestos en las fábricas de medias, vestían ropa bonita y veraneaban en las montañas Pocono o en la costa de Jersey. Cuando Owen los oía hablar de la «tía Annie» en voz baja y cariñosa, con esa vena sentimental a la que tan dada era la gente de campo, al principio no entendía que se referían a su abuela. Y comprendió que su abuela y él eran personas distintas para personas distintas.

Cuando por fin dejó atrás el pueblo donde había pasado su infancia, Willow le pareció un rincón inocente y precioso, mientras que cuando vivía allí nunca lo había visto de ese modo. Entonces sólo era el mundo, con un pasado insondable y unos límites más allá del horizonte. Había serpientes en la hierba y rocas recalentadas por el sol. El sexo y la religión tenían un aroma añejo y peculiar; las familias se remontaban a enmarañadas ramas de la historia, semejantes a nidos temblorosos, y la muerte podía atacar a medianoche. En la misma época del suicidio del joven Danny Hoffman, cuando Owen aún era un niño que dormía debajo de un estante en el que había dos docenas de Grandes Libros Infantiles, un oso de peluche tuerto que se llamaba Bruno y un Mickey Mouse de goma con el pecho negro y zapatos amarillos, se incendió un establo en las afueras de Willow —la granja Blake, propiedad de una rica familia de Delaware que no vivía en el pueblo—, y su padre, que siempre acudía como los niños al escenario de la tragedia, llegó contando que los caballos, a los que habían sacado de las cuadras para ponerlos a salvo, volvieron a entrar corriendo, aterrorizados, sin saber lo que hacían, y el olor a pelo y a carne quemada era espantoso. Esa noche, desde la ventana de Owen, un resplandor anaranjado perfiló en el cielo las siluetas del tejado y la chimenea de la casa contigua al solar vacío, de la cicuta y las píceas más altas de los jardines de los vecinos. Las sirenas de los bomberos no paraban de sonar, como gigantescos aullidos de furia a los que nadie respondía. Como ocurrió la mañana en que se oyó el disparo, Owen dio media vuelta en la cama y siguió durmiendo, ajeno a los torrentes de dolor del mundo.